Teatro

La Numancia, Cervantes y Felipe II

Jordi Aladro
University of California, Santa Cruz

La tiranía es tan natural a Felipe como la risa al hombre
Antonio Pérez

En su ensayo «La poética del primer Cervantes: *La Numancia*», y después de mencionar un gran número de interpretaciones sobre la obra, Georges Güntert llega a la conclusión de que «las verdaderas intenciones del autor nunca se podrán descubrir», para acto seguido añadir: «No nos quedará más remedio que fijarnos en las intenciones del texto» (Günter 1993:23). Intenciones difíciles de descifrar si nos guiamos por las múltiples y variadas críticas e interpretaciones que ha recibido la obra. Lo sorprendente es que la mayoría de estas interpretaciones, incluso las más contradictorias, parecen tener un punto de razón. Así, se ha visto a Escipión como Juan de Austria (Hermenegildo 1976), como el Duque de Alba y Alessandro Farnese (Johnson 1980), como García Hurtado de Mendoza (King 1979, Simerka 2003), como exaltación a Felipe II (Avalle-Arce 1975) y como crítica a su Imperio (Kahn 2006), también, y partiendo del estudio de los orígenes de los antiguos sacrificios, «como texto que critica el despotismo político de Felipe II» (Graf 2003:273). Consecuentemente, Numancia ha sido transformada en las Alpujarras y la rebelión de los moriscos, en las guerras de Flandes con los cercos de Leiden y de Haarlem, en Chile o incluso en una evocación del auto de fe celebrado en Valladolid en 1559 (Graf 2003). Por eso, no nos debe extrañar que un mismo texto haya sido representado, y al servicio de su propaganda, tanto para los republicanos (Rafael Alberti en 1937) como para nacionalistas (Nicolás García Ruiz en 1956). Sin duda estamos ante un texto ambiguo que ha permitido toda esta multiplicidad de lecturas. Voy entonces a intentar explicar el porqué de esta peculiaridad, de esta intencionada ambigüedad del texto cervantino, entendiendo la ambigüedad como una expresión del símbolo; es decir, del significado de lo que simboliza.

La Numancia es una tragedia anti-épica con dos protagonistas principales, dos héroes o mejor dicho dos anti-héroes, antagónicos pero que funcionan y actúan de forma paralela y complementaria: Teógenes y Escipión.

Numancia[1]

¿Por qué mueren en realidad los numantinos? Ya lo anticipa en su profecía el cuerpo muerto: «No entiendas que de paz habrá memoria» (v. 1077). Y Teógenes confirma: «Solo se ha de mirar que el enemigo / no alcance de nosotros triunfo y gloria, / antes ha de servir él de testigo / que apruebe y eternice nuestra historia / y si todos venís en lo que digo / mil siglos durará nuestra memoria» (vv. 1418-1423). Hay en el suicidio numantino orgullo y cierta arrogancia, como también oscura vocación tanática y teatral.[2] Un numantino dice: «Que yo mi gusto pongo en quedar muerto» (v. 599); y más adelante añade: «Nosotros mismos, a quien ya es molesto / y enfadoso el vivir que nos atierra, / hemos dado sentencia inrevocable / de nuestra muerte, aunque crüel, *loable*» (vv. 1644-1647). La palabra *loable* nos pone aquí sobre la pista del verdadero motivo de la actitud numantina. De lo que se trata, como señala la Enfermedad, es anhelar que «en el morir han puesto su contento, / y, por quitar el triunfo a los romanos, / ellos mesmos se matan con sus manos» (vv. 2021-2023).

Las sociedades, sobre todo las de raíz judeocristiana, suelen condenar este acto supremo de desesperación. Esta repulsa social con respecto al suicidio se pone de relieve en la *Biblia* (*Génesis* 4:10, *Apocalipsis* 22:20), en Aristóteles (*Ética a Nicómaco*, libros III y V), en San Agustín (*Ciudad de Dios*, libro XXII), en Santo Tomás (*Summa* 2-2, q. 64), en Dante (Canto XIII, de *El infierno*). El mismo Cervantes no puede aprobar este tipo de actitudes y por eso dice que «la mayor cobardía del mundo era el matarse, porque el homicida de sí mismo es señal de que le falta el ánimo para sufrir los males que teme. ¿Y qué mayor mal puede venir a un hombre que la muerte? ¿Y siendo esto así, no es locura el dilatarla?» (*Persiles*, libro II, cap. 13).

El primer suicidio en *La Numancia* es el de Marquino, quien incapaz de enfrentarse a sus conciudadanos y contarles las desgracias nuevas, se tira a la tumba vacía. Su sacrificio carece de ritual y no existen beneficiarios de su muerte; sin embargo, estructuralmente inaugura un ciclo de violencia que irá creciendo con rapidez hasta convertirse en uno de los ejes centrales de la trama. De hecho, ninguno de los sacrificios (el carnero, uno de los guerreros, todos los hombres de Numancia, incluidos los de Marandro, Leoncio) conseguirá

[1] Cito por la edición de Alfredo Baras Escolá (2009), todos los subrayados son míos. Las demás obras cervantinas están citadas por la edición de las *Obras Completas* de Miguel de Cervantes (1997).

[2] Véase este aspecto teatral en Hermenegildo (1992).

el objetivo que el sacrificio por antonomasia persigue: restaurar la armonía en una comunidad o salvar la vida de sus miembros con una sola muerte (Petro 2005). Y no lo logra porque no es ello lo que busca Numancia, con su líder Teógenes al frente. El suicidio, tanto el colectivo (los numantinos) como el individual (Bariato), tiene un mismo fin: eternizarse en la historia y en la memoria para que su derrota sea respetada por el olvido. Es decir, busca la fama (no es de extrañar, por ello, que el personaje que cierra la obra sea precisamente la Fama: «Vaya mi clara voz de gente en gente, / (...) / de eternizar un hecho tan subido. / (...) / la fuerza no vencida, el valor tanto, / digno de en prosa y verso celebrarse. / Mas, pues de esto se encargará la memoria» (vv. 2417, 2420, 2445-2447). Según Philippe Ariès, desde el siglo XV hasta el XVII, con el descubrimiento de la individualidad, se inicia la muerte del *mi*. La emergencia de esta nueva mentalidad tanática consiste en mirar la muerte como el acontecimiento que revela lo que *he sido*, lo que *he hecho* y lo que se recordará de mí. La muerte es considerada como el momento supremo de la decisión, de la conversión y del cambio. Como la ocasión para salvarse o condenarse uno mismo. Los demás están ahí, pero su presencia solo es un escenario para que el individuo opte por la salvación, y no por la perdición, ante el momento de su muerte. En los términos de Ariès (1982), sería el modelo de *muerte domada*, donde la vida y la muerte constituyen en mayor medida actos colectivos que individuales (los numantinos) y la *muerte propia*, que desplaza el foco de atención al individuo de manera que prevalece el sentido de identidad del propio individuo (Bariato). Es decir, asistimos aquí al paso de una sociedad premoderna a la moderna. Por esto, el objetivo de ser recordado solo se logra gracias a una muerte individual, la de Bariato: «Que *tú* sólo has llevado la ganancia / desta larga contienda ilustre y rara» (vv. 2411-2412). Recordemos que Bariato inicialmente no quiere morir, por eso huye con su amigo Servio a esconderse en la torre: «Por dónde quieres que huyamos Servio / (...) / ¿No ves, triste, que nos siguen / mil hierros para matarnos? / (...) / A una torre de mi padre / me pienso ir a esconder» (vv. 2116, 2120-2122, 2126-2127). Va a ser la presencia de Escipión y sus tardías promesas, «tarde, crüel, ofreces tu clemencia» (v. 2342), el detonante del sacrifico de Bariato y con ello la victoria moral de Numancia sobre Roma. El sacrificio de un mártir, con su congénito ritual exhibicionista, y no el de un suicida, como Teógenes, será el origen del mito numantino y la caída de Escipión: «Tú con esta caída levantaste / tu fama, y mis vitorias derribaste» (vv. 2407-2408).

Pero antes del suicidio colectivo nos llama la atención la orden de Teógenes: «Y para entretener por alguna hora / la hambre que ya roe nuestros huesos / haréis descuartizar luego a la hora / estos tristes romanos que están presos» (vv. 1434-1437), y antes habíamos leído: «Numantino 4: Cúrese luego la profunda llaga / del arraigado vicio: / quizá con esto mudará de intento / el hado esquivo y nos dará contento» (vv. 637-640) y también el Sacerdote 2 señala: «Y arrepentíos de cuanto mal hicistes» (v. 800). Es decir, no es Numancia una comunidad inmaculada y libre de vicios que exculpar. Al alimentarse de sangre romana, la asimilación entre los españoles y el enemigo se hace más fuerte y la identificación entre ambos más clara. Así, se van eliminando poco a poco las diferencias entre sitiadores y sitiados y los españoles acabarán haciendo lo que los romanos querían hacer. Recordemos que entre los sitiadores también hay españoles, así al principio de la segunda jornada Téogenes nos informa que «y no solo a vencernos se despiertan / los que habemos vencido veces tantas, / que también españoles se conciertan / con ellos a segar nuestras gargantas» (vv. 545-549). Hay una fusión Roma/Numancia, como dice ingeniosamente Michael Armstrong-Roche (2008:216): «One could just as well speak in this play of the Romanisation of the Numantines and the Numantisation of the Romans».[3] Thomas James Dandalet (2001) explica que muchos españoles del Siglo de Oro consideraban a sus gobernantes como los herederos legítimos del Imperio Romano y Ricardo Doménech (*Numancia* ed. 1967, p. 23) nos recuerda que en el tiempo de Cervantes los españoles «no eran los sitiados sino los sitiadores».

Aquí nos parece importante destacar la velada rivalidad entre Escipión y Teógenes, rivalidad que no es ni política ni militar, sino una lucha de egos en la busca de algo que está más allá de la victoria o la salvación: ambos anhelan la fama. Teógenes desde la autodestrucción y Escipión desde el orgullo, derrotando a un pueblo que ha resistido 16 años el asedio romano, pero sin derramar sangre romana. Dice Escipión: «Buscando de vencerle tal camino, / que más *a mi provecho* se convenga» (vv. 316-317). Y más adelante: «¿Qué gloria puede haber más levantada / en las cosas de guerra que aquí digo (...)?» (vv. 1129-1130). Por otro lado, estas son las preocupaciones de Teógenes: «Solo se ha de mirar que el enemigo / no alcance de nosotros triunfo y gloria» (vv. 1418-1419). Y añade: «Ni el romano poderío / llevará de vosotros triunfo o palma» (vv. 2076-2077). Esta actitud hace que los líderes, ofuscados por su arrogancia y orgullo, no escuchen los sabios consejos de sus súbditos. Jugurta ya le advierte a Escipión que: «La

[3] Michael Armstrong-Roche elabora una interesantísima lectura paradoxográfica de la polifonía interna del texto demostrando cómo se funden Roma y Numancia.

fuerza del ejército se acorta / cuando va sin arrimo de justicia, / aunque más le acompañen a montones / mil pintadas banderas y escuadrones» (vv. 61-64) y a Teógenes le reclama un soldado numantino: «¿A quién, fuerte Teógenes, invocas? / ¿Qué nuevo modo de morir procuras? / ¿Para qué nos incitas y provocas / a tantas desiguales desventuras?» (vv. 2164-2167). Sintomáticamente, la antítesis entre Escipión y Teógenes se va eliminando poco a poco y, por ende, también la antítesis entre Roma y Numancia.

Al mismo tiempo, se va dando un proceso de identificación entre el pueblo numantino y los españoles del siglo XVI. Escipión llama a los numantinos «españoles» (v. 115), «este pequeño pueblo hispano» (v. 126), y «estos rebeldes, bárbaros hispanos» (v. 164). Y que la fama de Numancia acarrea la fama de España; «que no sólo a Numancia, mas a España / has adquirido gloria en este hecho» (vv. 2403-2404). Los mismos numantinos se identifican con España: «Valor de la española mano» (v. 565) y la Guerra los llama «hispanos» (v. 1989). Cervantes, como Ambrosio de Morales en su *Corónica general de España* (1574), la principal fuente cervantina, identifica y funde a los dos pueblos. Así, por medio de una poderosa combinación de implicaciones, insinuaciones e ideología se produce la triple asociación: la Roma Imperial con la Numancia mítica y, finalmente, con la España de Felipe II. Exégesis audaz, pero en absoluto caprichosa, como veremos más adelante.

Escipión

La llegada de Escipión a Numancia genera un cierto grado de esperanza entre los numantinos ya que esperan del héroe un comportamiento justo, digno de su fama, ya que el valor, la virtud y la justicia deben ser los rasgos más sobresalientes del héroe. Así lo anuncia Numantino 1: «Tu virtud y valor es quien nos ceba, / y nos declara que será ganancia / si por señor y amigo te tenemos» (vv. 262-264). Se produce una magnificación de la figura del héroe a través de sus actos, aunque Escipión ya ha anticipado que no aceptará una rendición honrosa por parte de los numantinos: «No quiero otro primor ni otra fragancia / en tanto que español viva en Numancia» (vv. 143-144). Desgraciadamente esa inicial esperanza de paz justa buscada por los numantinos se desvanece por la actitud de Escipión: «Señor, que esa arrogancia nos muestras» (v. 279), insisten los embajadores numantinos: «[Numancia] quiere serte vasallo y fiel amigo» (v. 287). Escipión los decepciona y no hace gala ni a su nombre ni a su reputación: «Sin querer la amistad que te ofrecemos, / correspondiendo

mal de ser quien eres» (vv. 291-292). Luego de la partida de los embajadores, sentencia Escipión: «Buscando de vencerle tal camino, / que más a *mi* provecho se convenga» (vv. 316-317). Escipión solo busca renombre y fama: «¿Qué gloria puede haber más levantada / en las cosas de guerra que aquí digo (...)?» (vv. 1128-1129), Escipión ya conectó justicia con destino: «Cada cual se fabrica su destino / no tiene aquí Fortuna alguna parte» (vv. 157-158).

Escipión es un general dominado por el orgullo y la soberbia que no puede distinguir entre la justicia y la venganza. Se produce así un desajuste entre el héroe y los valores y acciones que deben acompañar su nombre, lo cual provoca la caída moral de Escipión. Consecuentemente, la figura del héroe caerá del pedestal, con lo cual se da inicio a la tragedia, ya representada incluso en la propia escenografía: al empezar la obra Cervantes anota: «Cipión se sube sobre una peña que estará allí»; y termina la obra con Escipión debajo de la torre de donde saltará Bariato arrebatándole el triunfo. Acierta Jesús G. Maestro al señalar que es «Escipión quien incurre en un momento dado en el exceso o "desmesura" que motiva la tragedia (...) a medida que avanza la acción, el carácter de Escipión se torna cada vez más inhumano, decepcionante y mediocre» (Maestro 1999:208, 212). Así lo confirma Caravino: «Mal con tu nombradía correspondes / mal podrás deste modo sustentalla» (vv. 1203-1204). Por ello me permito diferir con A. Hermenegildo cuando dice que: «Cervantes adopta en la tragedia una doble actitud, pro-Cipión y pro-Numancia (...) la imagen del general Escipión, del Escipión romano, se adorna en la pluma cervantina con una guirnalda de humanidad» (Hermenegildo 1976:59). Y sí coincido, sin embargo, con S. Zimic, quien destaca en Escipión su «personalidad maquiavélica, la cual se destaca con la intención de ser condenada desde el punto de vista moral» (Zimic 1992:113) y su carácter rencoroso, vengativo y sumamente cínico. El cónsul romano solo busca más renombre y fama al unir su destino con el del Imperio, ya que es el Senado Romano quien le ha nombrado en este cargo. Escipión no es independiente en sus acciones sino que está sujeto al destino del Imperio que orienta y marcará sus decisiones. Hay desde el principio de la obra una interdependencia entre el cónsul romano y el Imperio:[4] «Esta difícil y pesada carga / que el Senado romano me ha encargado / tanto me aprieta, me fatiga y carga / que ya sale de quicio mi cuidado» (vv. 1-4). Ahí su desesperación final al ver tornadas en humo y viento su esperanza de victoria y llega tarde el arrepentimiento: «¿Estaba, por ventura, el pecho mío / de bárbara arrogancia y muertes lleno, / y de piedad

[4] La idea de patria, justicia e Imperio está muy bien explicada en Vivar (2004).

justísima vacío?» (vv. 2306-2308), pero más que la derrota moral le duele que Bariato le ha quitado la gloria: «Tú con esta caída levantaste / tu fama, y mis vitorias derribaste» (vv. 2407-2408).

Felipe II

Las simpatías de Cervantes hacia Felipe II siempre fueron escasas. El autor del *Quijote* hacía tiempo que se la tenía jurada a Felipe II. Ya en el Libro II de *La Galatea* (1585), dice Silerio unos versos (redondillas) para «dar muestras de mi locura»:

De príncipe que en el suelo
va por tan justo nivel,
¿qué se puede esperar dél
que no sean obras del cielo?
No se vee en la edad presente,
ni se vio en la edad pasada,
república gobernada
de príncipe tan *prudente*.
Y del que mide su celo
por tan cristiano nivel,
¿qué se puede esperar dél
que no sean obras del cielo?

Estribillo que se repite ¡nada menos que cinco veces! Para Ludovik Oster (1999:66) «la alusión a la política filipina es clarísima (...) Cervantes censura acremente la actitud del Rey Prudente, cuyos ejércitos acababan de invadir a Portugal». Ciertamente son evidentes las irónicas alusiones a Felipe II. Estos versos adquieren un sentido más completo con las quintillas de 1598, al morir el monarca.

Sin duda habré de llamarte
nuevo y pacífico Marte,
pues en *sosiego* venciste
lo más en cuanto quisiste,
y es mucha la menor parte.
(...)

Quedar las arcas vacías,
donde se encerraba el oro
que dicen que recogías,
nos muestra que tu tesoro
en el cielo lo escondías.

Acaso convenga recordar aquí algunos datos históricos. Por ejemplo, durante el reinado de Felipe II, la Hacienda Real se declaró en bancarrota tres veces (1557, 1575 y 1575). Recordemos que el monarca había heredado una deuda de su padre de unos veinte millones de ducados; concluido su reinado, él dejó a su sucesor una cantidad que quintuplicaba dicha deuda. John Lynch en su libro sobre Felipe II matiza que «el hecho era que el imperio de España en Europa y América había crecido más que los medios de que se disponía para defenderlo y el precio fue la autodestrucción» (Lynch 2007:32).

La animadversión de Cervantes hacia el monarca se agudizó en 1582, al serle denegada su petición de ir a las Indias como funcionario del rey, la misma que alcanzó su punto máximo con el segundo rechazo, en 1590: «Busque por acá en qué se le haga merced». Estoy de acuerdo con José Montero Reguera (2007) cuando afirma que en *El Trato de Argel* se recrimina a Felipe II estar más preocupado por la anexión de Portugal que por salvar las vidas de miles de cautivos cristianos presos en las cárceles argelinas y con Antonio Rey Hazas (2000:239) quien comenta: «Ambas obras [*Los tratos de Argel* y *La Galatea*], a pesar de las enormes diferencias de concepción estética, género literario y argumentación temática que las separan, se hermanan en la crítica larvada de la política anexionista de Felipe II contra Portugal».

También en el *Quijote* (II, 16) encontramos varias y malignas alusiones a Felipe II: don Diego de Miranda comunica a don Quijote cómo desearía educar a su hijo: «Quisiera yo que fuera corona de su linaje, pues vivimos en siglo donde nuestros reyes [es decir Felipe II y Felipe III] premian altamente las virtuosas y buenas letras». Y un poco más adelante: «Cuando los reyes y príncipes veen la milagrosa ciencia de la poesía en sujetos prudentes (...) los honran, los estiman y los enriquecen». Irónicas alusiones a los muchos «favores» que recibió Cervantes por parte de los monarcas. Y en capítulo 39 de la Primera Parte leemos:

> A Rodrigo y a muchos les pareció bien, particular gracia y merced que el cielo hizo a España en permitir que se asolase aquella oficina de maldades,

aquella esponja de la infinidad de dineros que allí sin provecho se gastaban, sin servir de otra cosa que de conservar la memoria de haberla ganado la felicísima del invictísimo Carlos Quinto, como si fuera menester para hacerla eterna, como lo es y será, que aquellas piedras la sustentaran.

Al respecto comenta con acierto Michael Armstrong-Roche (2005:197):

> Readers will remember the remarkably blunt assessment of Phillip II's reasons for defending La Goleta, /that is, to honor the memory of his father Charles V. Besieged and heavily outnumbered by Muslim troops as Numancia was by the Romans, the Spanish garrison held out heroically but was overwhelmed before reinforcements could arrive... The narrator is careful to distinguish between the extraordinary valor of the hapless soldiers abandoned to their fate and the effectively vainglorious motives of those responsible for putting them there.

Asimismo, en el prólogo a las *Novelas ejemplares* leemos: «Militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlo Quinto, de felice memoria». A Felipe II ni nombrarlo. También en el *Quijote,* I, 39 leemos «la felicísima [memoria] del invictísimo Carlos Quinto». Ya Américo Castro (1948) notó que esos dos tan próximos superlativos expresan, en oblicuo contraste, el desdén por Felipe II. En la versión impresa en Madrid por Juan de la Cuesta (1613) del *Celoso extremeño*, la mujer de Felipo de Carrizales se llama Leonora; curiosamente en el manuscrito Porras, donde se encuentra una versión anterior a la de 1613, su nombre es Isabela. Felipe II e Isabel de Valois, muerta no hacía mucho, incómodo recuerdo a la pareja real.

Una y otra vez alude Cervantes a la falta de ímpetu político en el rey. En la *Canción segunda sobre la Armada* (publicada en 1899) vuelve a la carga sobre el poco ánimo del monarca:

Que piensa manso y sin coraje verte
como si no bastasen a moverte
tus puertos salteados
en las remotas Indias apartadas
y en tus casas tus naves abrasadas
y en la ajena los templos profanados
tus mares llenos de piratas fieros.

Estas quintillas —impropias en un elogio fúnebre, por decir lo menos— no fueron publicadas hasta el siglo XIX, como tampoco lo fue el famoso soneto que, en 1614, Cervantes consideraba «honra principal de mis escritos»:

Voto a Dios que me espanta esta grandeza
y que diera un doblón por describilla,
porque ¿a quién no sorprende y maravilla
esta máquina insigne, esta riqueza?
Por Jesucristo vivo, cada pieza
vale más de un millón, y que es mancilla
que esto no dure un siglo, ¡oh gran Sevilla,
Roma triunfante en ánimo y nobleza!
Apostaré que el ánima del muerto
por gozar este sitio hoy ha dejado
la gloria donde vive eternamente.
Esto oyó un valentón y dijo: "Es cierto
cuanto dice voacé, señor soldado,
Y el que dijere lo contrario, miente."
Y luego, incontinente
Caló el chapeo, requirió la espada
miró al soslayo fuese y no hubo nada.

Devastador y paródico comentario al monumento catafalco erigido en la catedral de Sevilla para los funerales de Felipe II, cuyas exequias hubo que interrumpir y aplazar unos meses por una cuestión de precedencia, de honra exterior, entre la Inquisición y el Ayuntamiento de Sevilla.

Pero todo este desdén hacia Felipe II empezó en *La Numancia*, con la subliminal identificación entre Escipión y Felipe II. Es aquí, precisamente, donde se justifica y se explica el porqué de la ambigüedad del texto a la que hacíamos referencia al principio. Creo que *La Numancia* es una obra escrita no contra España ni su Imperio ni contra sus guerras justas o injustas, sino contra su monarca. Cervantes no era ningún imprudente y es obvio que no criticaría a Felipe II de una manera abierta; su venganza se materializa al equipararlo e identificarlo con el cónsul romano, con su personalidad maquiavélica y cruel, con su poder ilimitado, atributos prototípicos del monarca absoluto. Así leemos en *La Numancia*: «Sé bien que en todo el orbe de la tierra / seré

llevada del valor hispano, / en la dulce sazón que estén reinando / *un Carlos, un Filipo y un Fernando*» (vv. 1997-1999). Parece como si en este verso hubiese deliberado intento de colocar a Filipo en el lugar más irrelevante. Tampoco nos parece casual el uso del adjetivo *prudente,*[5] suerte de epíteto homérico que se repite constantemente a lo largo de la obra, paradójicamente como invectiva indirecta contra el rey prudente: «Dice Numancia, general *prudente*» (v. 1113); «sosiega el pecho general *prudente*» (v. 1748); «en balde, ilustre general *prudente*» (v. 2258); «*prudente* general, en vano empleas» (v. 2318).

Aún nos queda por analizar la profecía de España donde se elogia a la figura de Felipe II: «Pero el que más *levantará la mano* / en honra tuya y general contento / (...) / será llamado, siendo suyo el mundo, / *el segundo Filipo sin segundo*. / Debajo de este imperio tan dichoso /serán a una corona reducidos, / por bien universal *y a tu reposo*» (vv. 505-506, 511-515). Ya Willard King (1979) ha mencionado que estos versos no parecen acordes con el pacifismo que destilan las profecías del Duero y menos con el supuesto *reposo* que conllevaron las guerras de Flandes, las Alpujarras, Portugal, América, el Vaticano, Francia, Inglaterra, etc., etc. Veamos el texto. Ahí leemos *levantará la mano*, que se puede leer como el que más destacará, aunque también encontramos otra acepción en el *Diccionario de Autoridades*: «Levantar la mano: ofender con ella o amenazar». En este sentido la vuelve a utilizar Cervantes en el verso 2390: «Ora levanten contra mí su diestra». Es decir, la podemos interpretar como el que más ofenderá y amenazará. Sigamos: *El segundo Filipo sin segundo*; Alfredo Baras (*Numancia* ed. 2009, p. 88) apunta que «Cervantes pudo insinuar equívocamente la falta de sucesión real, antes que el futuro rey Felipe III fuera jurado príncipe heredero de toda España en 1583-1585». No dudamos que Cervantes pudiera haberse equivocado, pero ya nos parecen demasiadas equivocaciones; por ello, esto también podría ser leído como un malicioso dardo a Felipe II y a la «misteriosa» muerte de su hijo el infante Carlos de Austria (1568), que los maledicentes de la Corte bautizaron como «el capón», aunque creo que la explicación es más fácil: ya he constatado la más que posible identificación entre Escipión y Felipe II. Es el cónsul romano el protagonista que tiene más versos en toda la obra, así como también es el que inicia la jornada primera, la jornada tercera y la jornada cuarta. Es decir, nos falta la segunda jornada. Curioso, por decir lo menos. No solo no la inicia sino que en toda esta «segunda» jornada, Escipión no aparece. ¿*Sin segundo*? ¿Ambiguo? Sí, pero como el propio Cervantes nos dirá: «Tú, lector, pues eres

[5] Egido (2003) señala que el hecho de que, en tiempos de Felipe II, Escipión encarna ese arquetipo.

prudente, juzga lo que te pareciere, que yo no debo ni puedo más» (*Quijote,* II, 24). Aquí sí que no hay ambigüedad alguna. Por ello también acepto su invitación y reitero lo ya dicho anteriormente: *La Numancia* de Cervantes es una clara y certera lanza contra la persona de Felipe II.

Conclusión

Tragedia griega y española, se ha dicho de *La Numancia*. Obra nacionalista por excelencia. Tal ha sido, y sigue siendo, la visión más extendida de la obra. Los románticos (Shelley, los Shelegel, Goethe, Schopenhauer…) la elogiaron precisamente por su alto nacionalismo y soberanía popular, como exaltación del heroísmo de un pueblo en defensa de su libertad. Más tarde surgió el punto de vista contrario —que en el fondo viene a ser el mismo—: *La Numancia* como glorificación del Imperio español en su momento más álgido con la anexión de Portugal en 1581, y que contendría una apología de la ciencia de la guerra; pero sostener que en *La Numancia* se exalta «la guerra justa» es no querer ver que Cervantes no presenta de la guerra su aspecto más brillante y embriagador (en caso de que tuviera alguno) sino sus sombrías secuelas: hambre, enfermedad, muerte, que el reciente excautivo de Argel conocía por amarga y propia experiencia. A mi modo de ver, no hay nada de eso. Cervantes nunca fue imperialista. No era un Lope ni tuvo por ideal, como Acuña, un imperio, un monarca y una espada. *La Numancia* no es imperialista ni bélica, lo cual tampoco significa que sea antiimperialista o pacifista. Cervantes estaba orgulloso de España, pero la España de Felipe II le duele. Al regresar de Argel su desilusión con lo que ve es evidente. Aquella España con la que se encontró no era la que había soñado, la que había conformado en el recuerdo en tantos años de exilio y esclavitud —prácticamente estuvo fuera de España desde 1569 hasta 1580, y el choque le hizo ser, como es comprensible, subjetivo y arbitrario—. El contraste fue brutal y por eso *La Numancia* es una tragedia apasionante y patética, teñida de melancolía y asombro, es la poética de un hombre desengañado, con una mirada amarga y desolada de la España de Felipe II.

Ahí la ambigüedad al principio señalada, ambigüedad que se debe a su posición antifilipista en un contexto ya abonado por los dramaturgos Juan de la Cueva, Cristóbal de Virués y Argensola (como han señalado Watson 1971, Hermenegildo 1994 y especialmente Kahn 2008). De ahí surge la posibilidad de «leer la tragedia cervantina con criterios basados en el análisis del entorno político-social en que vivió el escritor» (Hermenegildo 1992:918) y

como «metáfora sutil de otra realidad histórica» (Zimic 1992:10): la de un país que ha hecho grandes progresos militares, pero en un ámbito de pobreza en el que la mayoría, es decir el campesino, se veía obligada no solo a pagar altas rentas —eclesiásticas y señoriales— sino también enormes impuestos que servían para sufragar la política exterior y el proyecto imperial de Felipe II, que cumplía con su pueblo suministrándole poco pan y mucho circo.

Para mí, las profecías sobre la futura grandeza de España son, ante todo, expresión del relativismo histórico de Cervantes: si ayer la hegemonía fue de los romanos, y hoy de los españoles, mañana lo será de cualquier otro pueblo. Especialmente si nuestros líderes (léase Felipe II) se comportan como Escipión. Lo que Cervantes augura de los españoles no es tanto que algún día llegarán a ser amos del mundo, que cuando Cervantes escribe *La Numancia* (1581-85) ya lo son, sino que dejarán de serlo, tal como les aconteció a los romanos. En suma, para Cervantes todo es efímero, incluso el poder del monarca más poderoso del mundo. En la guerra de Numancia no triunfa ni uno ni otro bando, tan solo hay dolor: «Oh hambre terrible y fuerte, / cómo me acabas la vida! / Oh guerra, sólo venida / para causarme la muerte» (vv. 1720-1723). Desgraciadamente, hoy en día, seguimos sin aprender, en ninguno de los bandos llámense como se llamen.

Bibliografía

Ariès, Philippe, *Historia de la muerte en Occidente*, Argos-Vergara, Barcelona, 1982.

Armstrong-Roche, Michael, «Imperial Theater of War: Republican Virtues under Siege in Cervantes's Numancia», *Journal of Spanish Cultural Studies,* 6.2 (2005), pp. 185-203.

— «(The) Patria Besieged: Border-Crossing Paradoxes of National Identity in Cervantes's Numancia», en *Border Interrogations: Crossing and Questioning the Spanish Frontier from the Middle Ages to the Present*, Berghahn Books, Oxford, 2008, pp. 204-227.

Avalle-Arce, Juan Bautista de, «"La Numancia": Cervantes y la tradición histórica», en *Nuevos deslindes cervantinos*, J. B. Avalle-Arce, Editorial Ariel, Barcelona, 1975, pp. 247-275.

Carroll, Johnson, «La Numancia and the Structure of Cervantine Ambiguity», *Ideologies an Literature*, III, 12 (1980), pp. 75-94.

Castro, Américo, *El pensamiento de Cervantes*, Noguer, Barcelona, 1972.

Cervantes, Miguel de, *La destrucción de Numancia*, ed. Ricardo Doménech, Taurus, Madrid, 1969.

— *La destrucción de Numancia*, ed. Alfredo Hermenegildo, Castalia, Madrid, 1994.

— *Tragedia de Numancia*, ed. Alfredo Baras Escolá, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2009.

— *Obras Completas*, ed. Florencio Sevilla Arroyo y Antonio Rey Hazas, versión digital de Eduardo Urbina, Texas A&M University, Center for the Study of Digital Libraries, 1997.

Dandalet, Thomas James, *Spanish Rome 1500-1700*, New Haven, 2001.

Egido, Aurora, «La discreción y la prudencia en el teatro de Cervantes», *Theatralia*, V (2003), pp. 89-121.
Graf, Eric Clifford, «*Valladolid delenda est*: La política teológica de *La Numancia*», *Theatralia*, V (2003), pp. 273-282.
Güntert, Georges, «La poética del primer Cervantes: *La Numancia*», en *Cervantes: novelar el mundo desintegrado*, G. Güntert, Puvill, Barcelona, 1993, pp. 21-36.
Hermenegildo, Alfredo, *La 'Numancia' de Cervantes*, Sociedad General Española de Librería, Madrid, 1976.
— «Teógenes y el difícil arte de morir: la Numancia cervantina», *Arquivos do Centro Cultural Portugués* (1992), pp. 917-923.
Kahn, Aaron M., «Moral Opposition to Philip in Pre-Lopean Drama», *Hispanic Review*, LXXIV, 3 (2006), pp. 227-250.
— *The Ambivalence of Imperial Discourse. Cervantes's La Numancia within the 'Lost Generation' of Spanish Drama (1570-90)*, Peter Lang, Bern, 2008.
King, Willard F., «Cervantes' Numancia and Imperial Spain», *Modern Language Notes*, 94 (1979), pp. 200-221.
Lynch, John, *Felipe II y la transformación del Estado*, El País, Madrid, 2007.
Maestro, Jesús G., «*La Numancia* cervantina. Hacia una poética moderna de la experiencia trágica», *Anales Cervantinos*, XXXV (1999), pp. 205-221.
Montero Reguera, José, *Miguel de Cervantes, una literatura para el entretenimiento*, Ediciones de Intervención Cultural, 2007.
Oster, Ludovik, «Cervantes y Felipe II», *Verba hispánica*, VIII (1999), pp. 61-69.
Petro, Antonia, «El fallido ritual sacrificial en La Numancia de Cervantes», *Bulletin of Spanish Studies*, LXXXII, 6 (2005), pp. 753-772.
Rey Hazas, Antonio, «Cervantes frente a Felipe II: pastores y cautivos contra la anexión de Portugal», *Príncipe de Viana*, anejo 18, LXI (2000), pp. 239-260.
Simerka, Barbara, *Discourses of empire: counter-epic literature in early modern Spain*, Pennsylvania State University Press, 2003.
Vivar, Francisco, *La Numancia de Cervantes y la memoria de un mito*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2004.
Watson, Anthony, *Juan de la Cueva and the Portuguese Succession*, Tamesis, Londres, 1971.
Zimic, Stanislav, «Visión política y moral de Cervantes en Numancia», *Anales Cervantinos*, XVIII (1979), pp. 107-150.
— *El teatro de Cervantes*, Castalia, Madrid, 1992.